



## Sección a cargo de

MANUEL ÁLVAREZ DE LA ROSA

*Si no siempre entendidos, siempre abiertos, o enmiendan, o fecundan mis asuntos*  
Quevedo

## Karl Marx, doscientos años de su nacimiento

ANTONIO OJEDA AVILÉS  
MANUEL ÁLVAREZ DE LA ROSA  
*Catedráticos de Derecho del Trabajo*

— STEDMAN JONES, G., *Karl Marx. Ilusión y grandeza* (traducción de COLLEYERS, J.), Barcelona, ed. Taurus-Penguin, 2018, 887 páginas.

No es el propósito de estas líneas analizar globalmente el pensamiento de Karl Marx a través del monumental estudio del catedrático de historia de la Universidad de Londres, donde hay suficiente material para conocer al detalle la vida y obra del pensador y activista de referencia. La presente reseña se limitará al análisis de los aspectos laborales, aunque el estilo del libro, engarzando con naturalidad y elegancia todos los aspectos de la biografía, nos llevará de seguro a incluir alguna referencia a aspectos menos jurídicolaborales y más sociopolíticos. De lo cual no cabe otro remedio, pues Marx colocó al trabajo subordinado y a la clase trabajadora en el centro de la evolución social europea, sacándolos de la oscuridad en que se encontraban, y al así hacer les prestó una inevitable aura política de la que entonces y hoy beben muchos pensadores, partidos y sindicatos. Pero — digamos a continuación para aclarar las cosas—, el libro del profesor Jones nos desvela la evolución de Marx hacia unas posiciones bastante ajustadas a medida que fue madurando aquel siglo tan convulso en donde el sindicalismo hizo su aparición como fenómeno de masas. Marx (1818-1883), que en su juventud se vuelca con entusiasmo en los movimientos radicales que surgen por doquier en la primera mitad del XIX, profundiza en sus convicciones y modifica sus escritos a medida que surgen

nuevas aportaciones científicas y nuevas experiencias sociales, al tiempo que debe salir de su país hacia Francia, de allí hacia Bélgica, y de ahí hacia Reino Unido. Atascado en la teoría del valor (pp. 441, 462), termina su vida sin haber podido concluir una opinión definitiva al respecto, y deja a su obra principal, el *Capital*, sin concluir, mientras que las decepciones que se llevará con el sindicalismo y con la Comuna de París de 1871 le harán derivar al final de su vida hacia una defensa más romántica del *mark* teutónico y el *mir* o aldea comunitaria rusa como las posibles alternativas a la sociedad capitalista (p. 664). Lector infatigable, conoce y participa en los últimos debates de cada momento en materia de filosofía, sociología y economía y aprende de ellos para formular y reformular opiniones gracias a las cuales hoy podemos decir que realizó un par de aportaciones fundamentales al avance del pensamiento. Y esas aportaciones tienen mucho que ver con el trabajo subordinado.

El valor principal del libro de Gareth S. Jones radica, a mi juicio, en la visión holística de Marx, incardinado en el explosivo siglo XIX, en la atmósfera de los tres países líderes europeos, Alemania, Francia y Reino Unido, y en el pensamiento filosófico alemán que en ese momento ha sabido encontrar los puntos débiles de Kant y de Hegel, y trata de hallar soluciones a través, principalmente, de Feuerbach. Del mosaico abigarrado, pero fascinante, de aquel siglo, que solo la profundidad de Jones puede mostrarnos con alguna claridad, emerge una nítida conclu-



sión: la mejor Europa avanzaba al unísono en aquel hercúleo esfuerzo de profundizar en las soluciones para los acuciantes problemas planteados por la compleja sociedad que emergía de la Revolución Francesa, con las libertades individuales y la revolución industrial. El pensamiento alemán se hibrida con el francés y choca con el británico para al cabo avanzar conjuntamente, y ese pan-europeísmo lo vemos personificado en Marx, un filósofo de la acción que literalmente muere de agotamiento en su empeño por estar al día y tratar de compaginar esas tres corrientes de pensamiento mientras lucha por influir en la sociedad conforme a las conclusiones obtenidas de aquella dialéctica.

Pero todavía más: el libro de Jones nos da las pistas para descubrir cómo pudo una disputa filosófica alcanzar tanta importancia en el devenir de las Universidades alemanas, tanta actualidad entre la juventud, tanto poder de convocatoria: remedando el famoso exabrupto de Clinton, era la religión lo que estaba en juego, y a su conjuero todo adquiría una importancia trascendental.

Vayamos por partes. Todo empieza en la filosofía alemana, como vemos en el libro de Jones. Para cuando Marx llega a la Universidad, los filósofos posteriores a Kant y Hegel habían asimilado la crítica al solipsismo y la conexión de la idea con la realidad —la revolución copernicana de Kant—, cuanto la dialéctica de Hegel y su referencia al «espíritu absoluto», y estaban listos para avanzar sobre sus limitaciones. Marx pronto conecta con el profesor Bruno Bauer, quien encabezaba el Club de Doctores de Berlín con una radical crítica de la Biblia y que le dirigirá la tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de Jena (p. 119), tesis en la cual el joven doctorando declara su rechazo visceral «a todos los dioses del cielo y de la tierra que no reconozcan como suprema divinidad a la autoconciencia humana». El libre examen de la Biblia, el gran logro del protestantismo luterano, había comenzado a reexaminar la teología —el concepto de Dios— conforme a criterios lógicos y filosóficos, defendiendo con Kant la autonomía de estos criterios frente a los que pudieran derivar de los textos sagrados. En el siglo XIX, después de varios siglos en el norte de Europa de examinar y discutir libremente los textos bíblicos, la población había adquirido un nivel de discernimiento a años luz de las capacidades dialécticas de la población del sur europeo, sojuzgada por la doctrina de la Iglesia y la amenaza de la Inquisición, donde nadie se atrevía a discutir los misterios y enseñanzas proclamados por los concilios. Bauer inspiraba aquella tesis doctoral de 1840, la idea de que la autoconciencia de los individuos se proyectaba hacia lo universal y, a diferencia de las enseñanzas de Hegel, entendía que la dialéctica entre lo universal y lo particular se vencía en favor del individuo y no del Espíritu Absoluto

hegeliano: Dios no era más que la autoconciencia conociéndose a sí misma (p. 120). Bauer dismantela en su totalidad el edificio de las creencias religiosas al sostener en 1841<sup>(1)</sup> que esa misma autoconciencia del individuo, «tras sostener durante miles de años que su imagen era Dios, descubre que la imagen era él mismo» (p. 121). El rechazo al absolutismo hegeliano y su defensa implícita de lo superior, ya fuera la idea de Dios o de la monarquía prusiana, se abría paso en esa dirección con apoyo del grupo de los jóvenes hegelianos.

Apuntaba ya en el horizonte la influencia de otro gran filósofo alemán, Feuerbach, quien imprimiría la versión definitiva de la relación de Dios y el hombre en su obra «La esencia del cristianismo», de 1840, y los «Principios de la filosofía del futuro», de 1843. Con una mayor claridad que Bauer, Feuerbach venía a decir que si durante mucho tiempo había existido la creencia de que el Hombre había sido creado por Dios a su imagen y semejanza, lo que en realidad había ocurrido era lo inverso, que el Hombre había creado a Dios dotándole de las mejores cualidades y virtudes que en su mente encontraba (p. 156), como un ser excelso al que adorar, como el conjunto de todas las virtudes y perfecciones, pero sin entidad real. Ese era, a mi juicio, el más rotundo giro copernicano de la religión hasta el momento, de mucho mayor alcance que el de Kant, aunque había necesitado el apoyo filosófico de éste para llegar hasta ese nivel. Marx pronto absorbe con avidez la enseñanza del bávaro, más aún cuando Feuerbach propone que ese Hombre que ha volcado sus esencias en el concepto de Dios sea un ser necesitado de otros, ya fuera para el amor o para la subsistencia, y por ello era un ser colectivo o social; en otros términos, era la sociedad la que había creado a Dios, un ser ideal (p. 157).

Es a partir de aquí cuando Marx comienza a construir su doctrina, avanzando sobre la filosofía alemana pero contrastándola con el pensamiento francés y con la filosofía pragmática británica de la nueva «economía política». En su tercera huida, a Gran Bretaña, había encontrado una radical división de la sociedad inglesa, ya entonces plenamente industrializada, entre los capitalistas y los obreros, y aplica ávidamente el giro copernicano y la dialéctica hegeliana a las relaciones entre esas dos fuerzas productivas, conforme a la economía política, a tenor de la cual la fuente real del valor (económico) era el trabajo —y no la tierra, como proponían los fisiócratas—. Desde esta idea formulada inicialmente por Adam Smith, Marx desarrolla su distinción entre valor de uso y valor de cambio, plusvalía del capital, y sobre todo, alienación de la clase trabajadora: los trabajadores eran desposeídos de su esfuerzo, su remuneración y hasta su voluntad por la otra fuerza dialéctica, los empresarios, de los que recibían

(1) El título de su obra es muy germánico: «La trompeta del Juicio Final contra Hegel el ateo y anticristo. Un ultimátum».

solo una parte del valor producido a través de la retribución. La personalidad de los trabajadores quedaba sustraída, alienada, absorbida por la empresa, y el propio trabajador quedaba convertido en un despojo agotado que debería levantarse en unión de sus compañeros, la colectividad, la clase trabajadora, si quería salir de ese no-yo. «La fuerza creadora de su trabajo en cuanto fuerza del capital se instala frente a él como un poder ajeno que se enfrenta a su creador», dice Marx en una carta a Arnold Ruge en 1842 (p. 456). Es la maquinaria de la empresa la que marca los ritmos y la existencia del obrero, y no al revés, en un estado de enajenación del que solo podría sacarle la conciencia de clase.

Los trabajadores, lo que entonces constituían la clase trabajadora, nítidamente enfrentada a los empresarios a través del par conflicto-negociación, era para Marx la fuerza motora de un futuro **estado democrático**, la síntesis hegeliana de la dialéctica social que operaba en ese momento. Jones, con buen criterio, analiza esta síntesis que hoy día vemos con alguna claridad como reduccionismo: Marx daba prioridad en su análisis a la actividad productiva, y de ahí derivaba un papel político activo a los trabajadores (p. 459), pero esta focalización no había resultado adecuada, pues había en aquella época otras reivindicaciones con igual fuerza que las de los trabajadores, como por ejemplo la de los arrendatarios agrícolas (en sus diversas denominaciones) frente a los terratenientes en Inglaterra, o la abolición de las herencias en Francia, atacadas por los saintsimonianos. Por otro lado, en la década de 1840, cuando Marx escribía, la legislación era contraria a los sindicatos, que hallaban toda clase de obstáculos en las administraciones y las empresas, pero a partir de la década de 1850 las cosas comenzaron a cambiar en el Reino Unido, y de ahí en el resto de Europa, cosa que Marx se empeñó en ignorar (p. 461). Visto desde nuestra actualidad, el reduccionismo de Marx queda palmariamente a la vista por la eclosión posterior de otras desigualdades incluso más importantes que las laborales, por ejemplo las de género, según vemos en las leyes y directivas modernas sobre discriminación, propiedad, o consumo. La alienación o subordinación se adueña incluso de los mismos empresarios, merced a un enorme ejército de subcontratistas, franquiciados, autónomos y colaboradores cuyas relaciones con el empresario principal son todo menos claras, pues el grupo de empresas está tan jerarquizado como la empresa singular. Marx se empeñó, pese a los indicios que ya apuntaban, en permanecer fiel a las doctrinas de David Ricardo sobre el valor trabajo, probablemente —dice Jones— porque estaba seguro de que se producía una tasa decreciente de ganancia para el capitalista que llevaría a hacer implosionar el entero modo de producción del momento (pp. 461 y 649).

Es ésta la parte principal de la teoría marxiana, y la que más ha envejecido con el paso del tiempo. Nadie se

acuerda ya de la plusvalía, el valor de cambio y el valor de uso, o la explotación de la clase trabajadora, porque se proyectaron en realidad sobre la clase obrera de la Inglaterra de entonces, tan nítida y compacta en sus delimitaciones: era aquél un ejército industrial enormemente disciplinado, marchando al son de las máquinas y las sirenas, desprovisto de derechos al entrar en las fábricas, con el modelo del sector textil y siderúrgico punteando el horizonte, esas fábricas que hoy han sido ocupadas por los robots y que compiten duramente con el modo de producción asiático. Con todo, la aportación básica de Marx sobre la alienación ha servido para impulsar a las masas obreras y sus partidos y sindicatos contra el Estado autoritario y obtener un nivel de derechos apreciable, abriendo el camino a otros colectivos más débiles. La lucha de clases pacífica, el par confrontación/negociación, ha servido como prototipo para que los minusválidos, las mujeres, los jubilados, crearan asociaciones con las que hacer oír sus reivindicaciones sin para ello chocar contra el contrario en un juego de suma cero.

Cuando Marx llega a Inglaterra tal parece como si hubiera alcanzado finalmente la madurez de su pensamiento. La dialéctica real que predicaba en sus textos se halla ante sus ojos, en la calle misma, en las fábricas gigantescas, en las masas hambrientas coexistiendo con elegantes señores de levita y chistera. Al propio tiempo encuentra un cálido recibimiento en la masa de expatriados alemanes en Londres, primero, y entre los sindicatos británicos, después. Es el momento en que éstos han llegado a tener una fuerte organización por oficios y están comenzando a probar la eficacia de la organización unitaria o general, a cuya virtud se afiliaban todos los miembros del sector, y no solo la elite de los oficios más altos y mejor pagados. En buena medida, era lógico que así ocurriera, como se vio en el conflicto de la construcción londinense de 1859: al fracasar las negociaciones, los empresarios lanzaron un cierre patronal que duró seis meses y afectó, lógicamente, a todos los obreros, 24.000 albañiles, carpinteros y peones (p. 525). Los nuevos sindicatos británicos, como entidades compactas y bien financiadas (p. 533) coincidirán con Marx naturalmente en su visión de la clase obrera unitaria, y durante mucho tiempo serán su baluarte y recibirán de él los mejores elogios. Por eso no tiene sentido la crítica lanzada al pensador de que despreciaba a los sindicatos. El unitarismo como criterio organizativo llevó a la formación del Consejo Sindical de Londres, de ahí en 1868, al Congreso de Sindicatos, y de ahí al nacimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores, la AIT (p. 526). También era lógico que fueran los sindicatos ingleses los que la impulsarían, pues los patronos ingleses amenazaban con contratar franceses, belgas y otros continentales a precios reducidos, lo cual generaba en los sindicatos un sentimiento común de hermandad con las masas de allende el Canal.



En los Congresos de la AIT Karl Marx desempeñó un papel relevante en la organización y contenidos, aunque solo asistiera al de La Haya de 1872 (p. 528). La AIT tenía una débil financiación y una organización tan mínima que era Marx quien llevaba el peso de todo, y cuando finalmente se disolvió lo entendió como una liberación. Aun así, ejerció una poderosa influencia en toda Europa. Quizá con algo de orgullo patrio, el profesor Jones subraya cómo el objetivo «fundamental» de la AIT consistió en extender «los beneficios de la legislación social británica... a las demás naciones de Europa y al resto del mundo» (p. 527). En lo cual podemos ver puro pragmatismo, si miramos a cómo hoy los principales críticos de la explotación laboral en el continente asiático son los sindicatos norteamericanos.

El desapego de Marx hacia el sindicalismo británico corre parejas con su distanciamiento del movimiento obrero en general, cuando una nueva generación de líderes, encabezados por el ruso Bakunin y el alemán Lassalle, formulan otras propuestas más cautivadoras y menos científicas: el oficial de artillería y aristócrata Bakunin, entusiasta de Hegel y de Feuerbach (p. 590), en torno al colectivismo y el federalismo, y con base principal en España (pp. 594 y 595); el abogado y gran orador Lassalle, en torno a la socialdemocracia alemana, el sufragio universal y el cooperativismo (p. 635 y 638). En paralelo, el sindicalismo va perfeccionando el par conflicto/negociación cuando comienza a obtener éxito en algunas reivindicaciones, a comenzar por la ley de jornada de diez horas. Marx pasa a ser visto como un ideólogo exótico en su reivindicación de un paraíso para la clase obrera que estaría más allá de la sociedad capitalista. Ahí, en el reformismo de los sindicatos británicos, es donde comienza su alejamiento del sindicalismo en general (pp. 549, 559, 598 y 609). Se torna irónico, él que al hablar de la economía política llegaba a ser rudo y altanero: a Bakunin lo seguía España, «donde suele haber más clérigos que trabajadores», decía (p. 596). Es entonces, también, cuando comienza a largar amarras de su inicial radicalismo, a comprender una vía pacífica de redención que no hiciera necesario el uso de las armas: en algunos países desarrollados, la clase obrera y el sindicalismo podrían llegar a liberarse sin necesidad de la revolución (pp. 498, 517, 538, 632).

Los últimos años de Marx son relatados por el profesor Jones con total crudeza. Cercado por las enfermedades, viendo morir a su querida esposa y a sus hijas (p. 628), con el último cuidado de la fiel Lenchen y viviendo de la caridad de Engels, una vida entera de miseria y privaciones parecía llegar a su fin. El brillante Marx, aquél que encandilaba a sus lectores y oyentes, el faro del movimiento obrero, apenas tenía fuerzas para llorar a sus seres queridos, a cuyo entierro en algún caso no pudo asistir porque él mismo se moría.

Y es entonces cuando surge, partiendo de la socialdemocracia alemana, el marxismo como teoría política, como estereotipo de su enseñanza, como petrificación de un pensamiento que había sido evolutivo por definición. Jones deplora ese empobrecimiento sustentado en propio beneficio por los partidos políticos de finales del siglo XIX (p. 639), pero reconoce el enorme ascenso disfrutado por el partido socialdemócrata alemán en solo veinte años: en 1871, 124.000 votos en las elecciones parlamentarias; en 1890, 1.429.000, a pesar de Bismarck (p. 639).

El profesor londinense deja para las páginas finales algunos aspectos complementarios, en concreto el papel de Engels en la doctrina marxista tal como hoy se conoce, y los devaneos con la antropología y las comunidades rurales de la Germania primitiva y de la Rusia de su época, como ya he hecho mención. De Engels matiza los aspectos diferenciales con Marx, sobre todo sus dudas con la teoría del colapso capitalista causado por el interés decreciente de la cuota de ganancia, o con el optimismo marxiano por la evolución de la humanidad. Y reconoce que el libro de Engels sobre la teoría de Dühring de armonía entre el capital y el trabajo, el *Antidühring*, ha servido a generaciones y generaciones de lectores para familiarizarse con el árido contenido de *El Capital* (p. 643). En el libro del profesor Jones la solapada indirecta a los libros de Marx es reiterada: tienen más impacto sus artículos periodísticos y sus conferencias, llega a decir en p. 497, que los cientos de páginas de *El Capital*, tan reescrito y no terminado. Pero incluso en esta obra encuentra una gran aportación en la enorme cantidad de informes y datos concretos sobre los que se basa el análisis marxiano de la realidad de su tiempo (p. 495).

Antonio Ojeda Avilés